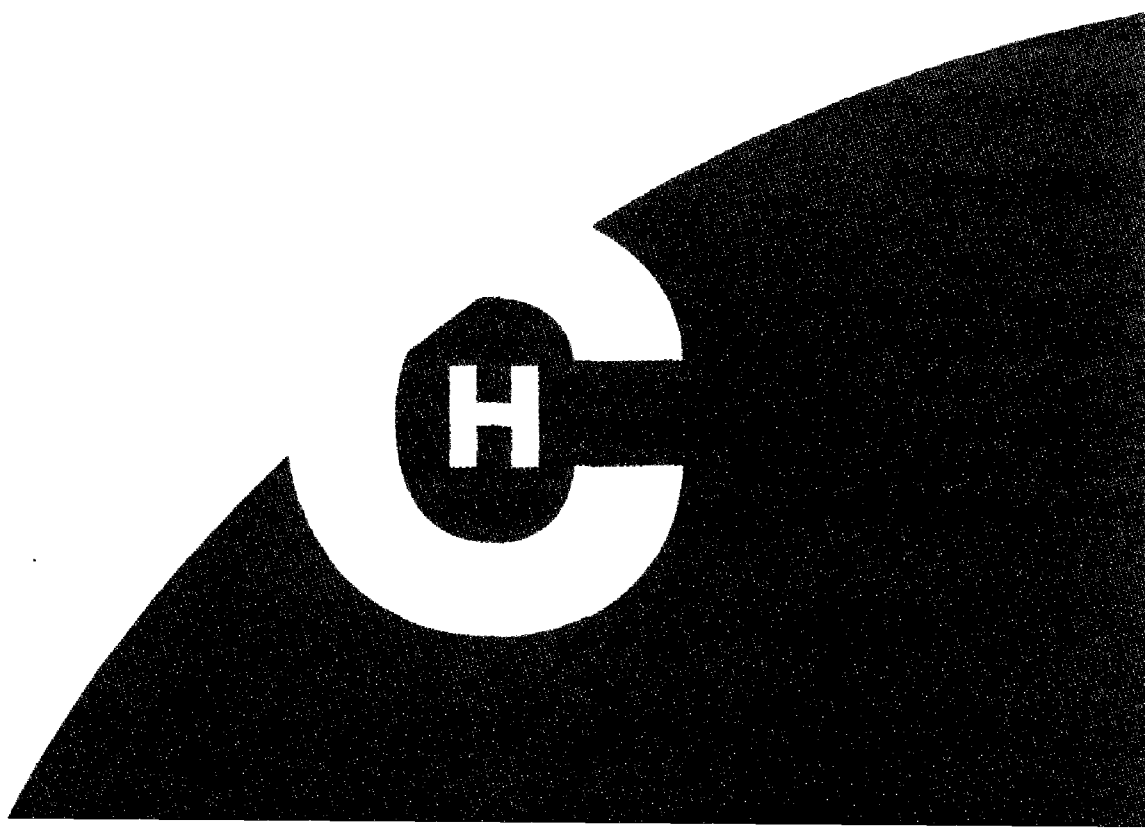


Editorial

Benjamín Prado

En su última novela, que se titula *Tirana memoria* y que acaba de publicar en España la editorial Tusquets, el escritor hondureño Horacio Castellanos Moya cuenta la historia de un dictador salvadoreño, al que da el nombre de «el Brujo», que persigue, entre otros ciudadanos, a un periodista crítico con su gobierno, lo intenta silenciar, lo encarcela y convierte su vida y la de su mujer, que es quien describe el drama angustioso en las páginas de su diario, en un infierno del que uno de ellos no va a salir jamás, pero que a ella le sirve, curiosamente, para abrir los ojos y darse cuenta de que alguna de sus ideas más arraigadas no eran más que una simple equivocación.

Tirana memoria es un libro pero también es un espejo, como todas las buenas novelas, y por eso el militar que en esta narración tiene en un puño a El Salvador es hermano gemelo de los que protagonizaban *Cien años de soledad* o *El coronel no tiene quien le escriba*, de Gabriel García Márquez, *La fiesta del chivo*, de Mario Vargas Llosa, o *Yo, el supremo*, de Augusto Roa Bastos: una caricatura y una metáfora de otros déspotas que recordamos muy bien en España y en muchos países de Latinoamérica. Pero siendo esto malo, no es lo único, ya que por desgracia la historia de *Tirana memoria* no tiene su reflejo sólo en los libros de Historia, sino que



también puede verse en los periódicos de cada mañana, porque en el mundo siguen siendo perseguidos, arrestados y encarcelados periodistas y escritores que se transforman en voces incómodas para los gobernantes que dirigen sus países con discursos de seda y mano de hierro. De Cuba a China y de Israel a Rusia, aquellos que se atreven a denunciar los abusos de los regímenes totalitarios o escuetamente democráticos bajo los que viven, son acosados, sufren el peso de leyes corruptas o serviles con las autoridades y, en muchas ocasiones, acaban en prisión. Por eso la novela de Horacio Castellanos Moya es, una vez más, tan oportuna, no vaya a ser que terminemos por pensar que lo mismo que pasó el *boom* literario, se fueron los sátrapas para siempre. Basta con seguir las noticias para ver lo lejos que está eso de ser verdad.

También sirve *Tirana memoria* para recordarnos lo peligroso que es mirar con frivolidad o con tolerancia a ciertos gobernantes que, con diferentes disculpas, manejan sus países como si en lugar de ser sus presidentes fueran sus soberanos y sus dueños. El último caso es el de Daniel Ortega, el antiguo revolucionario sandinista que acabó pactando su inmunidad con el corrupto líder de la derecha, Arnoldo Alemán, condenado a veinte años por robar doscientos cincuenta millones de dólares al Estado, cuando él mismo fue acusado por su hijastra de abusos y violación. Ortega, enfrentado a todos sus antiguos camaradas del FSLN, entre ellos a escritores como Gioconda Belli y Sergio Ramírez, acaba de mover a los jueces que controla en Nicaragua para hostigar al poeta Ernesto Cardenal, que se atrevió a criticarlo en Asunción, durante la toma de posesión del presidente de Paraguay. El autor de *Cántico cósmico*, contra el que se ha reabierto una demanda por injurias que había sido archivada en el año 2005 y por la que se había pedido para él una ridícula sanción de setecientos euros, está en arresto domiciliario y le han sido congeladas sus cuentas bancarias.

Cuadernos Hispanoamericanos que quiere ser la casa de todas las voces libres de nuestro idioma, ha abierto sus puertas, y lo seguirá haciendo, a todos esos estupendos escritores nicaragüenses que tan valientes fueron a la hora de oponerse a los Somoza como lo son a la de volverle la espalda al sospechoso comandante Ortega, y en nuestros últimos números han desfilado por estas páginas Ernesto Cardenal, Sergio Ramírez y, más de una vez, Gioconda Belli. Volverán a hacerlo y nuestra revista será un territorio fuera del alcance de la mano negra de autócratas, censores y torquemadas ©

